

## Las hojas de Gondolin

Elmest miró las hojas de acero del gran portal medio caídas. Era la última de las siete puertas que custodiaban el camino secreto del Río Seco; todas ellas destruidas hacía tan solo cinco años. Esperó unos instantes a que sus dos compañeros lo alcanzaran.

—Os dije que no encontraríamos a nadie. —Bren sonrió a Elmest y a Harir al llegar a la puerta. Los tres iban ataviados con capas y llevaban un morral de viaje. Aunque Elmest era el más alto, Harir era el más corpulento—. No sé por qué cargas con eso. —Señaló el fardo que Elmest llevaba al hombro, además del morral—. ¡Apesta!

—Todavía no hemos llegado a la ciudad, me lo agradecerás cuando lleguemos —objetó Elmest con el rostro ceñudo. En otra época tuvo que ser atractivo, pero había perdido media nariz en una refriega cuando viajaba con su señor Mormegil hacia Dor-Lómin tras la caída de Nargothrond. Ahora ya no tenía señor—. Espero que tengas razón, pero de no ser así, haber soportado este hedor nos ayudará.

—¡Tú, suerte que no lo hueles! —Harir rio, pero no duró mucho su risa. Tras cruzar las torres derruidas del último portal, el valle de Tumladen se extendía frente a ellos circundado por las cumbres nevadas de las Echoriath. Decenas de riachuelos y cascadas bajaban de ellas regalando su savia por toda la planicie. No obstante, no fue aquel paisaje maravilloso lo que le hizo callar, sino lo que observó en el centro del valle sobre una colina. Conocía bien el nombre de la colina, pues muchos habían recitado en el pasado bellas canciones sobre aquel lugar, en otros tiempos secreto, Amon Gwareth, y sobre la colina descansaban los restos ruinosos de la ciudad de piedra blanca, Gondolin. La que fue la más bella de todas las ciudades Noldor de la Tierra Media, y solo sobrepasada por Elven Tirion en Aman, en la cual se inspiró Turgon para construirla—. ¡Ahí está! ¡Por fin! Dos años para conocer su paradero y ya la tenemos delante.

—Sí, pero viene lo más peligroso —repuso Elmest, y profirió un gruñido. Nunca sus compañeros fueron de su agrado ni tampoco ir a saquear Gondolin, pero estaba harto de las miserias de aquellos tiempos y solo le quedaba la vida por perder, así que decidió meterse en aquella aventura; acabase como acabase no volvería a pasar necesidad, ya fuera por muerte temprana o porque obtendrían lo que habían ido a buscar: riquezas olvidadas tras la caída de la ciudad.

—¿No puedes disfrutar de este momento? —preguntó Bren—. Además, sigo sin ver a nadie. Los orcos ya la saquearon durante demasiado tiempo y no es un enclave estratégico para ellos. Las ruinas están totalmente abandonadas.

—No disfrutaré hasta que no estemos a más de cien leguas de aquí. Y no, no me preocupan los orcos. —Elmest dio un par de golpecitos al fardo—. Me inquietan más otros peligros. Por no añadir que me gustaría no haber dejado los caballos atrás.

—¡Otra vez con eso! No había alternativa; aquellas grandes rocas bloqueaban el paso —dijo Harir—. O los dejábamos en la primera puerta o no podíamos continuar los tres. Volveremos antes de que caiga la noche y allí estarán.

«Si volvemos», pensó Elmest, pero no dijo nada.

Más de una hora a paso raudo tardaron en cruzar el valle de Tumladen hasta llegar al pie de la colina de Amon Gwareth, y a medida que se acercaban a esta, la ciudad se volvía más horrenda. Toda aquella belleza que antes de su caída había poseído ahora era horror y decrepitud. Ni las murallas ni los edificios que se mantenían todavía en pie eran blancos como cantaban las canciones, sino que las llamas los habían ennegrecido; las murallas tenían brechas por doquier y todas las construcciones, que en otra época debieron ser las más altas de Gondolin, habían sucumbido ante el poder de las fuerzas del Señor Oscuro, Morgoth, como la Torre de Turgon, de la que solo quedaban restos; únicamente se mantenían en pie aquellos edificios menores, y no todos ellos.

—Su aspecto es siniestro —apuntó Harir cuando llegaron hasta las puertas de la ciudad, donde se detuvo.

—¿Titubeas? No pondrás excusas ahora, ¿verdad? —Bren estudió el rostro de Harir, pero no observó nada extraño.

—Solo comentaba lo que me parece aquello que queda de la ciudad. No tengo miedo.

—Pues deberías —replicó Elmest—. Yo no llegué a ver a Glaurung, pero sí que observé la devastación dejada a su paso y aquí batallaron varios gusanos de su estirpe junto con Balrogs, orcos y lobos. Toda la destrucción que tenemos ante nosotros es fruto de los dragones, ni orcos ni lobos ni Balrogs habrían podido hacer caer a Gondolin sin tener a los dragones. Espero no hicieran de estas ruinas su cubil ninguna de esas monstruosidades.

Harir no se atrevió a decir nada más. Su buen humor había desaparecido completamente.

Con cautela se adentraron en la ciudad por la puerta principal. El paraje ya no albergaba el cantar de los pájaros ni el sonido tintineante del agua de todas las fuentes que llenaban la ciudad de música en los días de gloria ni les recibieron las doradas

trompetas de los gondolindrim, sino que un silencio funesto inundaba los despojos de piedra. Ondolindë se había llamado la ciudad en la lengua de los elfos de Valinor, la Roca de la Música de las Aguas, ahora su melodía estaba apagada y se había perdido para siempre.

Recorrieron mudos las grandes avenidas de la urbe. Harir y Bren abrían la marcha. No querían ir demasiado cerca de Elмест y de la fetidez del bulto que cargaba. Por las calles se extendía una visión aciaga. Todavía había restos de la batalla ocurrida cinco años atrás; lanzas quebradas, armaduras holladas, yelmos hendidos con alas rotas y lo peor: huesos de elfos y orcos esparcidos por todos lados. Algún esqueleto todavía estaba completo en alguna extraña postura, pero la mayoría de los huesos estaban aislados, astillados y quebrados; algunos incluso formaban pilas, como si alguien se hubiera entretenido en amontonarlos. Había cráneos de adultos, sin embargo, también se encontraron con otros de menor tamaño que indudablemente eran de niños. La beatitud y la belleza de aquellas tierras se habían tornado paradigma de la maldad y de la atrocidad que podía ejercer el Señor Oscuro contra quienes se oponían a sus designios.

—No veo nada interesante y aprovechable —protestó Harir mientras se detenía un momento a remover una pila de huesos—. Solo lanzas rotas y flechas perdidas.

—¿No te parecen interesantes los huesos de elfo? —preguntó Bren con sorna—. He escuchado que si comes carne de elfo puedes alargar la vida, tal vez pasa lo mismo con sus huesos.

Harir soltó una sonora carcajada.

—¡Silencio, estúpidos! —rezongó Elмест—. Todavía no sabemos si la ciudad está completamente abandonada. Además, deberíais ser más respetuosos con los muertos. Se respira en este lugar un aire perverso y maligno, y no quiero que nos caiga encima ninguna maldición.

—Lo que respiramos es la hediondez de esos trozos de cadáver putrefacto de orco que llevas —criticó de nuevo Bren—. Podrías deshacerte ya de ellos. Esto es un desierto.

—Lo haré cuando nos vayamos, antes no —negó Elмест.

—Está bien, pero mantente unos pasos por delante o por detrás de mí —dijo Bren—. Subamos más arriba. Allí residía la Casa del Rey y los grandes señores de Gondolin.

Ascendieron entre toda aquella desolación hasta llegar a las amplias escalinatas que conducían a la derrumbada Torre del Rey y arribaron a la Plaza del Rey, donde antes la gran fuente de Turgon elevaba sus aguas al cielo cayendo en forma de sonora lluvia. Ahora el manantial estaba seco y solo quedaba un profundo

pozo de negrura, y la plaza había sido devorada por el fuego y las llamas. El níveo mármol de los restos que quedaban estaba ennegrecido, pues allí habían combatido Ecthelion, Guardián de la Gran Puerta, y Gothmog, el señor de los Balrogs, pereciendo ambos en la contienda. Siendo esta una de las mayores hazañas, pero no la única, de la batalla ocurrida en Gondolin y de todas las guerras sufridas en Beleriand. Ante los restos de la más alta de las torres de la ciudad, se abría un gran agujero, ancho como siete hombres robustos, que daba paso al subsuelo; dos tocones solitarios permanecían en pie a cada lado, los cadáveres de Glingol y Bansil, vástagos de los Árboles de Valinor.

—Por aquí podremos bajar a los sótanos del palacio real —indicó Harir.

—¡Acercaos! —les llamó Bren, que se había asomado al pozo. En aquel instante el sol estaba alto en el cielo—. Algo brilla ahí abajo. —Dicho esto, sacó una cuerda de su morral. Todos llevaban una consigo—. Voy a bajar, ayudadme.

Ataron uno de los extremos de la cuerda a uno de los dos muñones. Bren encendió una antorcha que también llevaba y con cuidado inició el descenso, atando el otro cabo de la cuerda a su cintura.

Desde arriba el pozo parecía más profundo de lo que en realidad era. Bren no tuvo que bajar más de una docena de metros para llegar al fondo.

Demoró abajo unos minutos paseando la antorcha a un lado y a otro y deteniéndose aquí y allí.

—¿Algo de interés?! —inquirió Harir.

—Sí, hay huesos, por su tamaño deben ser de dragón —contestó Bren.

—En la Bahía de Balar escuché cantar las gestas aquí ocurridas y se decía que un dragón cayó muerto en la Gran Fuente, lo mataron los guerreros de la Casa del Rey, y eso fue lo que evaporó sus aguas —susurró Elrest sin mirar a su compañero—. Y también se decía que poco antes, en esta misma fuente, murió Ecthelion, Señor de la Casa de la Fuente, aplastado por el peso de Gothmog, el Balrog que capitaneaba las huestes de Angband, después de matarlo con la púa de su yelmo al haber perdido su espada.

—¡Encontré una espada! —gritó desde abajo Bren—. Eso es lo que brillaba. Y también el peto de una armadura aplastado. ¡Subidme!

Harir y Elrest izaron con mucho trabajo y esfuerzo a Bren. Cuando este estuvo otra vez en la plaza, Harir preguntó:

—¿Por qué subes con una armadura abollada?

—¡Mirad! —Bren le mostró la parte frontal del peto y Harir dejó escapar un silbido. Una sonrisa triunfante se dibujó en el rostro de Bren. El peto que sostenía tenía engarzados varios diamantes que resplandecían bajo la luz del sol; parecían

formar el dibujo del agua de una fuente, los pies de la cual eran de plata. Faltaban algunos brillantes, pues se veían los huecos que debían alojarlos en la armadura, pero no estaban las piedras, no obstante, con los que quedaban contaron más de treinta—. ¡Y también mirad esto! —En la mano derecha sostenía una espada de bella factura, larga y brillante; unas runas élficas decoraban su hoja y su filo no presentaba ninguna melladura y era afilado y cortante como si hubiera acabado de salir de la herrería.

—¡Oh, maravilloso! —exclamó Harir—. Os lo dije: si buscamos bien, encontraremos tesoros que escaparon al saqueo de Gondolin. Ahora me tendréis que dar la razón.

—Te la dimos cuando decidimos acompañarte —dijo Elvest.

—Sí —afirmó Bren—. Aunque espero encontrar algo más que una espada y una armadura con unos cuantos diamantes.

—Con lo que acabas de encontrar ya podrías comprar un reino —replicó Harir.

—¿A quién le compraríamos un reino? —inquirió Elvest con ironía—. ¿A Melkor? Si accediese a vendernos una sola porción de sus posesiones, seguro que sería con alguna artimaña. Es traicionero entre los traidores. ¿A los enanos? Tienen más riquezas que estas simples joyas. A...

—Te lo tomas todo al pie de la letra —rió Harir—. Era una forma de hablar. Esta espada debe ser de un valor incalculable.

—Sin duda tiene esa apariencia —dijo Elvest—, pero mejor que Bren no se cruce con ningún Alto Elfo. Una espada así debió ser de algún gran señor y creo que reconocería su procedencia y podría pensar que Bren la tiene porque formó parte de los ejércitos del Señor Oscuro.

Bren miró dudoso el arma y, tras un breve silencio, dijo:

—Pues aquí se queda. —E hizo ademán de tirarla de vuelta al pozo, no obstante, antes de que la arrojará, Harir lo detuvo.

—¡Aguarda! Yo no tengo problema alguno en quedármela —dijo, y Bren accedió a ello con cierto alivio.

—Mientras bajaba por el pozo, justo antes de tocar fondo, he visto un túnel que se perdía hacia el oeste. El túnel es redondo y de unos tres metros de diámetro. Elvest, Harir, ¿oísteis hablar de él en vuestras investigaciones?

—¡Mmmm! —Elvest se llevó una mano a la sien—. Existe o existía, si no lo han taponado, un pasadizo secreto por donde escaparon los gondolindrim supervivientes a la caída de la ciudad, pero estoy seguro de que no comunicaba con la Fuente del Rey. Eso es imposible, se hubiera inundado.

—Podría ser que fuera el túnel por donde entraba el agua que alimentaba a la fuente —supuso Harir—. Era una fuente imponente según las canciones—. Pero aquello

no lo dijo demasiado convencido y se encogió de hombros quitándole importancia al túnel—. Como dije antes de que Bren descendiera por el pozo, yo bajaría a los sótanos del palacio. Si no aparece ningún obstáculo que nos barre el paso, ese agujero puede que nos lleve hasta allí. —Señaló el boquete que había entre los dos tocones.

Se introdujeron en la abertura portando cada uno una antorcha. Si cuando llegaron a la ciudad ya fueron cautelosos al andar por sus calles, en aquel ancho y alto pasillo, extremaron más, si cabe, sus precauciones. Hubo un momento que Bren iba a quejarse de nuevo por el olor que despedía el fardo que Elvest cargaba, sin embargo, Harir y Elvest lo acallaron antes siquiera de que terminase la primera palabra. No hicieron más que avanzar cuatro pasos cuando Elvest se detuvo para observar los restos de un esqueleto aplastado bajo una gran roca. Del esqueleto sobresalían únicamente los huesos de una mano que apuntaba a la pared y astillas de una pierna. Elvest miró en el hueco que había entre la gran roca y la pared. Al poco rato, empotró en él un brazo.

—Creo que no llego —gruñó.

—¿A dónde? —preguntó Harir.

—Esperad un momento. Elvest sacó el brazo, dejó la antorcha que sujetaba con la otra mano en el suelo, se estiró y volvió a introducir el brazo en aquel hueco. Hizo un movimiento reflejo, como de dolor, pero al cabo de poco, sonrió—. La tengo —dijo, y sacó la extremidad sosteniendo en su mano, que sangraba, una espada—. Ahora yo también tengo mi espada élfica. ¡Vaya corte me ha hecho!—. Era también una espada de extraordinaria belleza y también estaba adornada con unas runas a lo largo de su hoja—. Creo que hay algo más. Volvió a meter la mano y, ayudándose con la espada, consiguió sacar esta vez una daga forjada también por los Noldor—. Ya podemos seguir —indicó después de sujetar la daga al cinturón y de recoger la antorcha del suelo.

El corredor descendía con pendiente pronunciada y zigzagueó un par de veces hasta encontrarse con unas puertas desplomadas.

—Si no estoy equivocado, nos encontramos ante la Cámara del Tesoro Real —apuntó Elvest, y los tres se miraron contentos de codicia.

El primero en cruzar el umbral fue Bren. Se aproximó hasta la parte alta de una escalera de diez peldaños que bajaba a la cámara; ante él se extendía una enorme sala con gruesas columnas talladas en forma de troncos de grandes árboles.

—¡No puede ser! —exclamó mientras observaba con gran sorpresa lo que había a su alrededor—. Todas las riquezas de Gondolin siguen aquí —dijo. Sus compañeros estaban a su lado boquiabiertos admirando lo que veían en silencio; montones y montones de objetos preciosos refulgían con la luz de las antorchas. Sin embargo, lo

que acababa de decir Bren no era cierto, a pesar de encontrarse allí con cantidades copiosas de piedras preciosas y de muchas piezas de todo tipo labradas en oro y plata, no había ni una veinteava parte del tesoro que en su día había albergado aquella sala, pero esto Harir lo ignoraba.

Bren y Harir bajaron el primer escalón, pero Elmest les retuvo un instante.

—No bajéis todavía. Esto no es lo que esperábamos —dijo.

—Tienes razón —admitió Bren—. Es mucho mejor.

—¿Tan ciego eres? —preguntó Elmest.

—¿Ciego? Veo perfectamente que no vamos a podernos llevar casi nada de lo que hay aquí, pero sí más de lo que nunca habríamos deseado. —Bren le miró con una sonrisa en el rostro.

—¿Qué nos quieres decir, Elmest? —inquirió Harir, que advirtió un tono de preocupación en las palabras de su compañero.

—No es normal que dejaran una fortuna tan grande atrás después del saqueo de Gondolin, y menos en este lugar. Todas estas riquezas —extendió su espada al frente— no están aquí por descuido ni porque no hallaran la cámara. Es obvio que la hallaron, pues las puertas las echaron abajo. Y no creo que, en cinco años transcurridos, no hayan tenido tiempo de transportarlas a Angband. —Bren miraba a sus compañeros sin entender que no corrieran a llenar sus petates con todos aquellos objetos valiosos—. Este lugar me da repelús —continuó Elmest—. Deberíamos preguntarnos por qué dejaron atrás tanta abundancia y por qué toda está así, en un completo desorden, amontonada.

—Y, ¿qué sugieres? —preguntó Harir.

—Por el momento, volvamos atrás y conversemos fuera de este lugar —sugirió—. Me sentiré más seguro.

—¡¿Qué?! —exclamó Bren—. Pero si...

—Seré breve, Bren. Después de tanto tiempo buscando la ciudad, no vendrá de unos instantes que nos llevemos cuanto queramos —dijo Elmest.

—Vosotros id a conversar sobre vuestros temores, yo mientras llenaré mi saco con todo lo que quepa en él.

—No creo que sea una buena idea, escúchame antes —insistió Elmest. No obstante, Bren hizo caso omiso al consejo de su compañero. Estaba empeinado en llevar a cabo cuanto antes lo que había venido a hacer, fruto de la avaricia que despertó la visión que tenía frente a él. Entonces, sin mirar atrás, bajó las escaleras y empezó a cargar una talega que sacó de su morral.

—Explícame a mí aquello que fueras a decirnos —solicitó Harir—. ¿Puede ser tras las puertas de la cámara?

—Alejémonos hasta la primera curva por lo menos —pidió Elmeſt—. Aunque me preocupa dejar aquí a Bren, posee la locura del oro en sus ojos y este lugar, este lugar...

Elmeſt volvió al ancho pasadizo con Harir y ascendieron unos metros hasta llegar al punto que había indicado. Allí, le contó lo siguiente a Harir:

—Tras la caída de Nargothrond, hace dos décadas, un pequeño grupo de elfos viajó hacia las ruinas por ciertos motivos, más de la mitad fueron aniquilados por Glaurung, el padre de los dragones. Los supervivientes explicaron que Glaurung había esparcido todas las riquezas de la ciudad en una gran sala y que sobre ellas dormitaba como si fuera un lecho. Conozco bien esta historia porque son hechos relacionados con mi antiguo señor Mormegil, que no era otro que Túrin, hijo de Húrin, que mató a Glaurung.

—Insinúas que la Cámara del Tesoro Real ahora es el cubil de un dragón —anunció Harir—. Pero entonces, ¿dónde está la bestia?

—Está claro que no está durmiendo sobre sus posesiones. Seguro que habrá salido para satisfacer alguna necesidad y, cuando esté satisfecha, volverá —declaró Elmeſt.

—Entonces tendremos que ser rápidos y cargar cuanto antes los sacos —dijo Harir.

Sin embargo, antes de que les diera tiempo de dar el primer paso hacia la Cámara del Tesoro Real, un grito desgarrador recorrió el pasadizo, acto seguido una luz intensa, que provenía de la sala, iluminó el túnel a la vez que un aire caliente les sopló en el rostro; por último, se escuchó un fuerte rugido.

—¿Eso ha sido una llamada de dra... dragón? —tartamudeó Harir.

—¡Sin duda! —respondió Elmeſt—. ¡Salgamos de aquí cuanto antes!

—¿Y Bren?

—Bren ahora mismo debe ser cenizas.

Elmeſt tenía razón en que aquel lugar era la guarida de un dragón. No obstante, erró en que había salido. El dragón dormitaba bajo las riquezas allí acumuladas. Al principio no se había desvelado de sus malignos sueños, en los que recordaba el sabor de la sangre de elfo, el crujir de sus huesos y el olor de su carne quemada. Un extraño efluvio le llegó mientras disfrutaba de su mundo onírico, pero lo incorporó a él; era el tufo de la podredumbre de los estúpidos orcos que le acompañaron en el asedio de Gondolin, que no tenían su fuerza ni su destreza para la batalla y que morían a miles. Pero repentinamente aquel aroma se esfumó, dejando otro que también recordaba, no era ni de elfo ni de orco ni tampoco de lobo, era el mismo hedor que desprendía aquel infame ser que le hirió en una de sus patas con un

hacha. Todavía cojeaba de su pata delantera izquierda. «¡Aquél maldito! —se dijo—. Era alguien importante en la ciudad, comandaba ejércitos y los elfos le aclamaban: ¡Tuor, Tuor! Le gritaban. Sé tu nombre y te encontraré algún día». El odio del dragón iba creciendo mientras aquella pestilencia humana aumentaba su intensidad. Súbitamente se dio cuenta de que la emanación no formaba parte ni de sueño ni de pesadilla y se despertó por completo. Cuando vio al pequeño ser que iba metiendo sus posesiones en un saco, no dudó ni un instante, corroído como estaba por la rabia y el rencor que sentía hacia aquella raza a la que pertenecía su antiguo agresor, inspiró aire y dejó escapar una bocanada de fuego. Cuando cerró la boca, solo quedaba carne chamuscada y una armadura de plata con unos brillantes en ella dibujando una fuente. La furia solo se le había apaciguado en parte, así que mordió el cuerpo calcinado y pisoteó la armadura, la cual agujereó con una de sus largas garras. Aquello le ayudó a calmarse un poco más, entonces, olfateó el aire. «Sigo sintiendo el olor a cadáver de orco —pensó—. Hay más miserables saqueadores». La ira volvió a invadirle. Enfurecido saltó cojeando hacia el pasadizo sin hacer caso a la armadura todavía adherida a su garra. Con cada paso que daba, la armadura resonaba al chocar con el suelo.

Elmest y Harir hacía unos instantes que corrían hacia el exterior, pero su cazador era mucho más rápido que ellos a pesar de la cojera. Escuchaban, cada vez más cercano, el golpeteo de la armadura como si una campana fuera anunciando su última hora. No obstante, gracias a la cojera o tal vez a la armadura, sino era gracias a ambas cosas, el dragón resbaló antes de girar en la última curva y de enfilar la recta que llevaba a la Plaza del Rey. Aquel tropiezo evitó dos cosas: la primera, que el dragón viera a sus enemigos, la segunda, que los alcanzase antes de salir al exterior.

La luz del sol impactó en los ojos de Elmest, pero el hombre no se detuvo, se despojó del fardo que llevaba a sus espaldas y lo arrojó al pozo seco que era ahora la Gran Fuente del Rey.

—Con esto ganaremos algo de tiempo —le indicó a Harir—. ¡Rápido, escondámonos!

Los dos se ocultaron contraviento tras unos peñascos, escombros de la Torre de Turgon. Justo en ese instante, el dragón salió desbocado y furibundo del gran hueco que llevaba a su cubil. Harir y Elmest pudieron verle bien. Cuatro cuernos resaltaban en su cabeza rojiza, el resto de su cuerpo, no obstante, era de un tono verdoso. Se movía sobre cuatro patas y de los hombros delanteros le sobresalían dos largas púas de hueso de un pie de longitud, síntoma de los primeros ensayos realizado por Morgoth para obtener los dragones alados, que años más tarde intervendrían en la Guerra de la Cólera. Carandol era su nombre, por el color de su

testa, y aunque no era ni mucho menos tan colosal como lo fue Glaurung, era uno de los mayores ejemplares de los dragones de fuego que atacaron Gondolin, y allí lo había dejado el Señor Oscuro para que guardase el lugar, aunque no era el único ser que lo custodiaba. Morgoth apostaba a centinelas en todas sus conquistas por si alguno de sus enemigos cometía el error de volver.

El dragón, al encontrarse solo con la quietud del lugar, se detuvo unos segundos, olfateó a su alrededor y, acto seguido, soltó un estrepitoso gruñido que hizo retumbar la plaza.

—Tu perdición está cerca. No tienes escapatoria posible —dijo riendo. Y se acercó arrastrando su panza al pozo, acompañado del sonido rítmico de la armadura, todavía adherida a su garra, golpeando el mármol.

Se asomó a la negrura de la fuente desecada. Sin embargo, cuando iba a meterse en el interior, algo lo paralizó; el viento acababa de cambiar y le transportó el mismo olor humano que había percibido en su guarida. Se dio la vuelta lentamente.

—¿Creéis que podéis engañar con vuestras simples argucias a Carandol, terror de Gondolin? Siento el castañear de vuestros dientes —se refociló mientras se acercaba muy lentamente al caos de rocas donde se ocultaban Harir y Elmest.

Los hombres empuñaron las espadas élficas. Aunque sabían que poco podrían hacer contra aquella bestia, harían pagar caras sus vidas y si por lo menos lo dejaban lisiado de otra extremidad, ese sería su consuelo.

Pero entonces, de improviso, se oyó un gran rugido tras la cola del dragón. Una voz grave y enérgica vociferaba desde la profundidad del pozo.

—¡Has osado invadir mi territorio, abominable gusano! ¡Ya te advertí en el pasado!

Carandol se revolvió sobre sí mismo y se encontró frente a frente con otro espécimen de su familia que emergió del agujero. Era del color del acero oxidado y su cabeza era más ancha que la de Carandol y sus mandíbulas más fuertes, sin embargo, sus extremidades y su cuerpo no tenían la misma envergadura que el dragón de cabeza roja.

—No llegué a entrar en tu putrefacto pozo, Naursul —replicó Carandol—. Solo perseguía a unos saqueadores que entraron en mi cámara a robarme.

—¿Los pedazos de orco que hay abajo son de uno de tus saqueadores? —Naursul enfatizó la última palabra de forma irónica—. Porque mi olfato no me miente y esos restos de cadáver llevan varios días pudriéndose. Así que respóndeme, ¿dónde están tus saqueadores?

—Justo antes de que me interrumpieses iba a dar merecida cuenta de ellos —objetó Carandol, y una voluta de humo apareció de sus orificios nasales. Se sentía incordiado por la presencia del otro dragón.

—¡Falso!, ¡mentiroso! —le increpó Naursul—. Si aquí hay algún saqueador, ese eres tú. Entrás en mis dominios, arrojas carne podrida para intentar disfrazar tu fechoría y hurtas mis posesiones. Llevas la prueba del robo entre tus pezuñas. —Carandol se miró la garra donde tenía ensartada la armadura de plata y brillantes con cierta perplejidad. Hasta aquel momento no la había notado.

Antes de que pudiera discutirle su equivocación, Carandol recibió el feroz ataque de Naursul, que embistió con velocidad extrema, arrojándose con sus fauces abiertas al cuello de su oponente.

La arremetida fue rápida y sorprendió a Carandol, pero este, con los reflejos de una serpiente, se retorció y la dentellada de Naursul hendió el aire. Aquello fue el inicio de una batalla feroz y terrorífica entre aquellas dos monstruosidades. Se acometían la una a la otra sin descanso; las paredes de las ruinas de alrededor se estremecían con el impacto de sus cuerpos al chocar contra ellas como una nave que zozobra por el viento de una tormenta, y las rocas de alrededor salían expelidas con el movimiento de sus colas. A pesar de que la envergadura de Carandol era mayor que la de Naursul, este último se movía con mayor agilidad.

Elmest y Harir estaban arrinconados en medio de aquel fragor.

—Moriremos aplastados si no salimos de aquí —dijo Harir.

—¡Cuando empiece a correr, sígueme sin mirar atrás y no te detengas! —exhortó Elmest.

Los dos dragones se fundieron en un abrazo de muerte y, hechos una maraña de garras, dientes y cola que buscaba el exterminio de su adversario, cayeron por uno de los bordes de la Plaza del Rey. Aquella fue la oportunidad que Elmest esperaba.

—¡Ahora! Antes de que uno de los dos se alce como vencedor y regrese —exclamó.

Los dos hombres salieron de su escondite y bajaron a saltos la gran escalinata mientras se oían los bramidos y golpes de la contienda que ocurría a sus espaldas. Harir fue a desandar el camino que los había llevado hasta aquel lugar, pero Elmest lo asió por la capa y lo detuvo.

—No podemos volver por el mismo lugar. Cruzar el valle de Tumladen a cielo abierto no es una buena opción. Desde aquí, seríamos descubiertos con facilidad.

—¿Qué propones? —preguntó Harir.

—Como antes conté, existía un camino secreto, aunque desconozco si lo sigue siendo y si todavía existe, por el que huyeron los gondolindrim supervivientes. La

entrada se encuentra en la casa de Tuor, los Valar quieran que siga en pie —respondió Elmest. Raro era que se encomendase a los Valar, pero la situación bien lo merecía—. Según escuché, se llega atravesando el Camino de las Aguas Ligeras, pasando por las Fuentes del Sur hasta llegar a las murallas. El camino está oculto bajo tierra.

—No perdamos el tiempo entonces. Vayamos hacia el sur de la ciudad.

Echaron a correr calle abajo. Pasaron junto a Gar Ainion, cumbre de la ciudad, donde se produjo la unión que sería la salvación de la Tierra Media, pues allí habían contraído matrimonio Idril y Tuor, y de ellos nació una promesa de esperanza. Torcieron a derecha junto a un camino flanqueado por canales y llegaron sin aliento hasta una gran plaza con varias fuentes.

—Estas deben ser Las Fuentes del Sur —indicó Elmest—. Continuemos hasta donde se alzaba la muralla.

Cuando llegaron a los derruidos muros de la ciudad, no sabían qué casa debió pertenecer a Tuor. En aquel momento un fuerte rugido victorioso se alzó en el centro de Gondolin. Uno de los dragones había vencido. A aquel rugido le siguieron maldiciones que se aproximaban hacia su posición.

—¿Qué debemos buscar?! —solicitó Harir nervioso.

—¡Creo que es aquí! —exclamó Elmest, que señalaba una losa de mármol caída frente a una casa destruida. En la piedra había un grabado con unas alas de cisne—. Este es el emblema de Tuor.

Entraron en las ruinas del edificio y encontraron un hueco que descendía. Elmest ordenó bajar a su compañero. El agujero dio paso a un túnel cavado en la tierra, estrecho y de ásperas paredes, que empezaron a recorrer.

Instantes después oyeron como el techo retumbaba y un estrépito de piedras y tierra que se derrumbaban tras ellos.

—Espero que la salida esté abierta —deseó Harir—. Si no, moriremos aquí atrapados y envidiaremos no haber sufrido el mismo destino que Bren.

—Y si está abierta, que no conozca su ubicación el dragón —añadió Elmest.

Sin embargo, por el momento podían avanzar sin problemas, aunque no lo podían hacer al mismo ritmo con el que habían atravesado el valle de Tumladen.

Dos horas después, sintieron que el aire no estaba tan enrarecido y era más limpio. Al cabo de poco, una luz apareció ante ellos.

—La salida —señaló Harir—. Estamos a salvo.

—No tomemos los laureles del triunfo antes de hora —objetó Elmest—. Ya dije que hasta que no nos encontremos a más de cien leguas de este maldito lugar, no me sentiré sosegado.

El extremo del túnel desembocaba en un pozo muerto provisto de peldaños que subieron sin dificultad. Se encontraron a los pies de las Echoriath, las Montañas Circundantes. Aún tenían que escalarlas por una senda escarpada y traicionera hasta llegar a Cirith Thoronath, la Grieta de las Águilas.

Comenzaron fatigosamente el ascenso, mirando siempre atrás, intranquilos, por si observaban algún movimiento procedente de la ciudad. No obstante, la extensión que había entre la colina de Amon Gwareth y las Echoriath permanecía en calma y no había atisbo alguno del dragón.

La vegetación, en un principio frondosa, fue tornándose a medida que trepaban en un paisaje rocoso y yermo hasta llegar a las nieves perpetuas que cubrían aquellos páramos; faltaban dos semanas para que llegase el invierno, pero a aquella altura no había primavera ni verano ni otoño. Caminaban con el sonido incesante del crujir de la nieve congelada y el aullido del viento que, con gran fuerza, levantaba trozos de gélido cristal que les impactaban en el rostro y se tuvieron que envolver en sus capas, pues el frío era intenso y el ocaso llegaba.

Cuando alcanzaron lo alto del sinuoso paso, uno de los últimos rayos de sol del día que moría iluminó una de las cimas septentrionales de las Montañas Circundantes y los dos hombres vieron brillar en ella una pequeña construcción de piedras, jamás hollada por ninguna criatura del Mal y que nunca sería profanada por los siervos de Morgoth. Elmest y Harir se detuvieron, admirando aquel juego de luces mientras duró, y aquella visión, de alguna manera y sin saber por qué, les insufló ánimos. Ambos ignoraban que acababan de contemplar el montículo donde descansaba el cuerpo del guerrero más valeroso y poderoso de todos los hijos de Ilúvatar, Fingolfin, quien se había enfrentado en combate singular al mismo Morgoth.

Aprovecharon la escasa luz crepuscular para iniciar el descenso, pero, cuando la oscuridad llegó, no osaron continuar. Se encontraban extenuados y su caminar era vacilante; además, la pendiente era abrupta y un precipicio se abría en uno de los flancos del sendero, donde grandes agujas anunciaban una muerte rápida si daban un paso en falso. Tampoco se atrevieron a encender ninguna de las antorchas que portaban, pues no sabían si podía alertar de su posición al dragón u a otra criatura del enemigo. Así que, a pesar del deseo de abandonar aquel lugar cuanto antes, decidieron yacer en un pequeño refugio natural y esperar al amanecer.

Una tenue luz les desperezó del intranquilo descanso. La noche había sido larga. El frío y las tribulaciones padecidas no les permitieron reposar como hubieran deseado y

se habían despertado durante el transcurso de la madrugada innumerables veces por el sonido del viento, temiendo que fuera alguna bestia de Morgoth.

La niebla envolvía las montañas como si se tratase de un sudario y únicamente les llegaba un resplandor pálido del sol. No veían más allá de tres varas y se sentían como si tuvieran un velo delante de sus ojos que les cegaba.

—Podemos esperar a que se levante la niebla —sugirió Harir.

No obstante, Elmest se opuso. No quería pasar un instante más en aquel sitio. El clima era demasiado crudo y adverso, por no hablar del temor que sentía a que el dragón encontrase su pista y la siguiera hasta allí, aquel pensamiento había sido redundante durante toda la noche.

—Pero caminando entre esta espesa niebla podemos caer por un precipicio, además nos desorientaremos con facilidad y nos perderemos —insistió Harir.

—Prefiero despeñarme que morir lentamente por el frío o ser devorado o incinerado por un dragón —dijo Elmest—. Tú haz lo que desees, yo no esperaré más aquí. —Dicho esto, echó a andar sin volver la vista atrás. Harir, que no deseaba la soledad, le siguió entre maldiciones.

No tardaron en sentirse completamente extraviados. El camino ya de por sí era confuso e indefinido, y la niebla le añadía dificultad al no dejarles vislumbrar ninguna referencia, ni tan solo la del sol. En un principio, no tenían más opción que seguir por un paso que corría entre un muro a izquierda y un precipicio a diestra, pero, tras una media hora, el sendero se convirtió en una zona de caos rocoso por el que se descolgaron a veces con la ayuda de las cuerdas que llevaban, otras con la de los pies y de las manos. La única guía que tenían era que debían descender, con el riesgo que conllevaba llegar a un lugar sin otra salida que un abismo insalvable que después no pudieran remontar.

Tras medio día descendiendo penosamente, la niebla se fue disipando y descubrieron que se encontraban en un angosto paso. Más abajo se escuchaba el sonido del agua correr, pero aquello no era novedad, pues los estaba acompañando desde hacía bastante rato.

—Espero no estar equivocado, puesto que creo que el rumor de agua que oímos pertenece al Thorn Sir —indicó Elmest—. Si es así, antes de que acabe el día podremos abandonar estas montañas.

—Debo reconocer que tu visita a la Bahía de Balar fue fructífera —aprobó Harir sonriendo—. Estás mucho mejor informado que yo de todo. Suerte que fue Bren quien pereció y no tú.

Elmest clavó una mirada de desprecio a su compañero, que borró la sonrisa de su faz en el acto. Aquel comentario lo encontraba egoísta y fuera de lugar. Sabía que Harir solo estaba con él por necesidad.

—He pensado que podemos vender las espadas a los enanos de Belegost —comentó Harir por cambiar de tema—. Seguro que apreciarán su valor.

—Primero salgamos de aquí y después ya decidiremos adónde ir —le cortó Elmest de forma tosca.

Siguieron por el desfiladero el curso del río que corría al fondo, sin embargo, al llegar al extremo de la garganta, se encontraron con que el río se precipitaba en una caída profunda formando una gran cascada y que por allí no podrían continuar el descenso ni con el auxilio de las cuerdas.

—¿Seguro que antes de que acabe el día saldremos de estas montañas? —preguntó mordaz Harir—. Este no debe ser tu río.

—Ahora estoy más convencido todavía de que es el Thorn Sir —respondió Elmest—. Pues oí hablar de este salto de agua. Lo que desconozco es cómo vencieron esta dificultad los gondolindrim supervivientes. Aprovechemos para comer algo y reposar mientras intento recordar si oí algo. Con el cuerpo fatigado se razona peor.

Harir no estaba convencido de que pudieran continuar por aquel camino, pero necesitaba descansar y no se opuso a la sugerencia de Elmest.

Mientras Harir hincaba el diente sentado sobre una roca a una rodaja de pan con carne salada, Elmest, sin hacer caso a su propia propuesta, deambulaba arriba y abajo inspeccionando el área.

—¿Qué altura tendrá esta cascada? —dijo Harir al cabo de un buen rato mirando hacia el abismo, pero no obtuvo respuesta. Entonces se giró y se encontró solo. Elmest había desaparecido—. ¡Elmest! ¡Elmest! —gritó con fuerza por encima del rugido del agua precipitándose. Tres veces llamó a su compañero sin obtener contestación. Cuando iba a llamarlo por cuarta vez, Elmest apareció bajando por unas rocas.

—¿Te ha poseído la locura? —inquirió Elmest al llegar junto a Harir—. Estas tierras no son seguras y estás invitando a cualquier criatura oscura a descubrirnos.

—Si no quieres que enloquezca, la próxima vez que te marches, avísame —replicó Harir.

—Encontré un paso que salva la cascada. —Elmest señaló unas rocas altas. No tenía ganas de iniciar una discusión y no quería perder tiempo allí, menos aún después de las voces de su compañero—. No está exento de dificultad y es peligroso, y el suelo está húmedo y es resbaladizo, pero con cuidado podremos continuar.

Subieron para volver a bajar enseguida. Avanzaban con gran cautela, pues, como había advertido Elмест, el terreno estaba mojado y era delicado. Al cabo de una hora, transitaban por una zona menos abrupta.

El ataque les sorprendió cuando llegaba el ocaso. Aquella zona estaba vigilada y los temores de Elмест no habían sido vanos, pues los chillidos de Harir habían alertado a una pequeña partida de orcos que patrullaba la zona. La primera flecha voló hacia Harir y si no hubiera sido porque justo en aquel instante trastabilló, hubiera muerto allí mismo, pero quiso el destino alargar su vida. Otros dardos sucedieron al que inauguró aquel vuelo de muerte, no obstante, los dos hombres ya habían tenido el tiempo suficiente para parapetarse tras una gran peña.

—Nos atacan desde abajo —indicó Elмест—. Eso quiere decir que es posible que vengan del valle del Sirion... Lo malo es que nos cortan el camino.

—¿Cuántos deben ser? —preguntó Harir en voz alta. Elмест simplemente se encogió de hombros por respuesta—. No entiendo por qué malgastan sus flechas —añadió al cabo de un rato. Los dardos no paraban de chocar contra la peña y las rocas de alrededor.

—¡Aguarda! ¡Escucha! —Elмест desenvainó su espada, que brillaba con un resplandor azulado y que, si no le fallaba la vista, iba aumentando en intensidad poco a poco—. ¡Disparan flechas para que no veamos como se acercan!

Harir imitó a su compañero y tomó a su vez el arma.

—A mi señal, ven tras de mí —ordenó Elмест.

Repentinamente las saetas detuvieron su ataque contra las piedras. El silencio llenó el aire, Elмест tensó sus músculos y prestó atención a cualquier pequeño sonido. La espada que había rescatado de Gondolin centelleaba ahora con fuerza. Entonces escuchó un leve roce al otro lado de la peña y, como si fuera arrojado por el resorte de una gran catapulta, saltó rodeando la gran roca. Los orcos, que pensaban sorprender a los dos hombres, no esperaban aquel movimiento y ser ellos los sorprendidos. Desenmascarada su argucia, se quedaron petrificados presa del asombro y también de ver dos armas tan temibles refulgir ante ellos. Cayeron media docena sin casi pestañear. Quedaba media docena más que, en cuanto salieron de su estupor, plantaron cara a los humanos. Uno de ellos disparó su arco con tan mala fortuna para su causa que hirió en un brazo a otro orco que enfrentaba su cimitarra en aquel instante con Elмест. El orco profirió un alarido de dolor maldiciendo, y aquello fue lo último que pronunció.

Harir combatía con otros dos orcos, pero el acero de Angband no era rival para aquellas espadas forjadas por los Altos Noldor y, tras varios choques, se quebraron al igual que la vida de los seres que las empuñaban. Elmest dio cuenta de otro orco hendiendo su yelmo con un golpe de la hoja gondolindrim. Los dos últimos orcos, los más alejados de los hombres y que llevaban sendos arcos, al ver la rapidez con la que sus compañeros habían sido abatidos y como aquellos dos hombres, que empuñaban aquellas espadas que herían sus ojos con solo mirarlas, corrían hacia ellos, se dieron la vuelta y huyeron.

—¡Debemos alcanzarlos antes de que avisen a otros! —dijo Elmest, y los dos hombres persiguieron, saltando por encima de las rocas, a los orcos. Sin embargo, los orcos, que conocían mucho mejor la zona y no estaban tan cansados como los hombres y veían mejor en aquella luz crepuscular, no tardaron en dejar atrás a sus cazadores. Pero aquel inconveniente llevaba consigo una gracia: ayudó a los dos hombres a salir antes de aquellas montañas. Siguiendo el rastro de los orcos, llegaron mucho antes al valle del Sirion, pues aquellos orcos formaban parte de una de las patrullas del destacamento que había cercano a Tol-Sirion porque, aunque la torre de Minas Tirith había sido destruida por Luthien, aquel año hacía medio siglo, y la isla no volvió a estar habitada desde entonces ni lo estaría hasta quedar por debajo de las aguas del Belegaer, aquel era un enclave importante y Morgoth no quería dejar de vigilar la región.

Una vez en el valle, ya de noche, el rastro de los orcos se perdía hacia el norte. Los orcos tardarían medio día en llegar a las inmediaciones de Tol-Sirion. Elmest y Harir, no obstante, pensaban dirigirse al sur. Se encontraban exhaustos, pero no se atrevieron a detenerse, deseaban poner el máximo de tierra de por medio entre ellos y aquellos orcos, y si seguían, ganarían un día como mínimo de ventaja si los orcos iban tras ellos con nuevos refuerzos. Para entonces esperaban haberlos despistado. Después de todo, aquellas tierras no les eran tan extrañas.

—Espero que los caballos sigan donde los dejamos —deseó Harir.

«Y estén con vida», pensó Elmest.

El fulgor que emitían las espadas se fue atenuando hasta apagarse por completo a medida que avanzaban hacia el sur.

Con el despuntar del día, llegaron por fin a un claro de retoños de aliso donde una cañada seca y pedregosa marcaba el camino que llevaba a la entrada del sendero oculto que accedía a Gondolin. Ya habían estado allí dos días atrás, con otros ánimos y otras expectativas. Ahora eran uno menos y, de todo lo que pensaron obtener,

únicamente habían conseguido un par de espadas y una daga. Se tomaron un descanso para comer las últimas migajas del pan que llevaban consigo y que habían ido racionando. Todas sus esperanzas radicaban en que los caballos siguieran allí con las provisiones que habían dejado con ellos. Cuando continuaron, prácticamente se arrastraban por el lecho árido y rocoso. Sabían que la boca del túnel no estaba muy lejos y realizaron un último esfuerzo. La alcanzaron al cabo de poco. Penetraron en la montaña. Iban a tientas en la oscuridad, avanzando de forma vacilante, tropezando constantemente con piedras y cantos rodados sueltos y deteniéndose al menor de los ruidos que escuchaban. Por suerte, el suelo se niveló al cabo de una media hora.

—Escucho la respiración de alguien —advirtió Harir en un susurro, que fue suficiente para despertar un eco repetitivo que murmuraba entre las paredes del paso. Elmest desenvainó un palmo la espada que había encontrado en Gondolin, pero la oscuridad no cambió. La hoja no emitía ningún brillo.

—Sea lo que sea, orcos no son. —Y volvió a envainar su espada—. ¿Tal vez olvidaste que dejamos aquí a nuestros corceles? —añadió con sorna. Acto seguido se detuvo, tomó algo de su morral y al cabo de unos instantes, y tras varias chispas, una antorcha prendía en su mano—. Ya estoy cansado de andar a ciegas. El resplandor no llegará fuera desde aquí y si algo nos está esperando en el túnel, ¿qué más da que nos vea las caras o que no? Por lo menos así podremos pelear mejor.

No obstante, lo único que les esperaba eran sus caballos, que seguían allí, ante las ruinas de la primera puerta. No estaban en mejor estado que los dos hombres, pero habían sobrevivido a aquellos dos días sin comer y sin beber.

—Llevémoslos al exterior cuanto antes para que pazcan —indicó Elmest mientras les daba de beber de su propio pellejo.

—Descansemos un momento. ¡No puedo más! —se quejó Harir echándose en el suelo.

—Si se muere un caballo por descansar ni que sea un solo instante en este lugar... —empezó a decir Elmest.

—Quedarán dos caballos más. Suficientes para nosotros —le cortó Harir.

—Yo voy a darles de comer a los caballos. No voy a arriesgarme a no poder escaparme de este maldito lugar por tu actitud indolente. ¡Tú haz lo que quieras! —Elmest tomó a los tres caballos por las riendas y tiró de ellos volviendo sobre sus pasos, dando la espalda a su compañero.

Harir gruñó, pero se incorporó a regañadientes y siguió a su compañero. No se fiaba de que Elmest huyera con los caballos, dejándolo atrás.

Una vez en el exterior de nuevo, pudieron comer de las alforjas de los caballos mientras estos pastaban entre la hierba de un pequeño prado.

—Para ir a Belegost, y coincido contigo que es lo más acertado —dijo Elмест palmeando su espada—, debemos o bien cruzar el antiguo reino de Doriath, o bien ir por el valle de Nan Dungortheb, o bien dar un rodeo e ir hacia Nargothrond y atravesar las Andram.

—No me gusta ninguna de las tres opciones. —Harir movía su cabeza de un lado a otro—. El nombre del valle de Nan Dungortheb ya me repele. Los que han conocido a alguien que ha pasado por allí explican que está poblado de criaturas espantosas y terribles. Por otro lado, Doriath era un lugar hechizado que dicen enloquecía a quienes intentaban llegar hasta él.

—Eso dicen los ignorantes. Mi señor Mormegil estuvo allí, pero él era de alta casa. Allí no habitaba el mal ni podía entrar —replicó Elмест.

—Eso era antes de que el rey Thingol muriera y de que su nieto Dior reinase, pero ahora Thingol y Dior están muertos y no queda nada de ese reino. ¿Quién puede asegurar que las criaturas de Nan Dungortheb no vagan libremente por los bosques de Neldoreth y Region? —preguntó Harir.

—Entonces solo nos queda dirigirnos en dirección Nargothrond —concluyó Elмест—. Sin embargo, sabemos que el paso de Brithiach está vigilado y Nargothrond fue tomada por las huestes de Morgoth. Después, si conseguimos pasar indemnes esos dominios, deberemos seguir la línea de las Andram o por su parte sur o por encima de ellas; en cualquier caso, puede que nos encontremos con los gondolindrim, pues estuvieron un tiempo habitando Nan-Tathren y no pasaremos demasiado alejados de la bahía de Balar.

—Ningún camino está exento de riesgos —dijo Harir.

—Es verdad —asintió Elмест—, pero en el caso del de Doriath solo son conjeturas apoyadas por supersticiones. Existe la posibilidad de que las bestias que habitan el valle bajo la sombra de Ered Gorgoroth hayan empezado a infestar el reino de Menegroth, pero no ha transcurrido ni una década de su caída y tanta beatitud es difícil de corromper.

—¿Sugieres adentrarnos en los bosques de Doriath? —inquirió Harir.

—De momento, descansemos una hora más, después tomemos el camino que creamos conveniente. Lo bueno de no haber matado a aquellos dos orcos es que no disponemos de demasiado tiempo para posponer decisiones.

Al cabo de tres horas tomaban el Camino del Enano por su pata norte. Atravesaron las tierras de Dimbar y, al caer la noche, llegaron al linde septentrional del bosque de Neldoreth. El razonamiento de Elмест se había impuesto. Cinco días después, cuando llegaron allí donde el río Celon se une al Aros alimentándolo, determinaron que había sido completamente acertado. Habían cruzado el antiguo reino de Doriath sin sufrir ningún percance, a excepción de perder el camino en alguna ocasión. Evitaron, por eso, acercarse a Menegroth y vadearon el Esgalduin unas cuantas millas al oeste de la capital del reino.

Ahora debían cruzar los llanos de Estolad y volver al Camino del Enano que habían abandonado al internarse en Neldoreth.

—Siempre tienes razón, Elмест —aseveró Harir riendo.

—Puede que solo sea suerte —dijo Elмест, que también estaba de buen humor. Parecía que la paz que había reinado en aquellos bosques en otra época, se les había impregnado en el talante.

—Sea como sea, aquí estamos y Belegost está más cerca. —Harir señaló al frente hacia las Montañas Azules que se vislumbraban en lontananza—. ¿Puedo ya decir que hemos pasado lo peor?

—No estamos a más de cien leguas de Gondolin todavía —dijo Elмест con una sonrisa, aunque ya se sentía más seguro—. Espero que no nos crucemos con nadie hasta llegar a la ciudad de los enanos.

Pero quiso el destino que, tres días más tarde, cuando se acercaban al cruce del río Gelion, un jinete se les aproximase a galope tendido. No se dieron cuenta de que era un elfo Noldo hasta tenerlo a unas pocas decenas de metros. Bordada en el pecho en la sobrevesta, que cubría la cota de malla que le protegía, una estrella de ocho puntas indicaba que servía a alguno de los hijos de Fëanor.

—¿Quiénes sois y hacia dónde dirigís a vuestros corceles? —inquirió el elfo al llegar hasta ellos.

—No es muy grato preguntar sin antes presentarse —le desafió Harir.

El Noldo entrecerró brevemente sus ojos como si estudiase a los dos hombres y respondió:

—Lo normal es que quien cruza las tierras protegidas por mi señor Maedhros rinda cuentas y dé sus señas.

—Disculpadnos, señor —dijo Elмест con tono humilde—. No sabíamos que nos encontrábamos tan próximos a Amon Ere; de haberlo sabido la respuesta de mi compañero hubiera sido otra. Mi nombre es Elмест y el de mi compañero Harir y vamos al otro lado de las Montañas Azules, según dicen, las tierras de esa región no están tan afectadas por el mal de Angband.

—¡Habladurías! —replicó el elfo. En estos días aciagos los únicos lugares donde no llega la mano de Morgoth son aquellos protegidos por los de mi raza. Venid conmigo hasta Amon Ereb, allí las espadas siempre son bienvenidas. —El Noldo señaló las armas que llevaban Elvest y Harir, pero súbitamente su rostro se tornó desconfiado—. Las hojas que portáis no son de factura humana, son élficas y de grandes casas, ¿de dónde las habéis sacado? —Y dicho esto, desenvainó su propia espada.

—Todo tiene una explicación —empezó a decir Elvest—, si nos permitís...

—Aunque no es de vuestra incumbencia, os diré que las obtuvimos en Gondolin —respondió Harir desafiante y desfundando a su vez su espada.

—Mide tus palabras, Harir —dijo Elvest—. No tenemos por qué agraviar al señor Noldo. Si disculpáis a mi compañero, hemos vivido situaciones adversas y...

—No es necesario medir nada —replicó el elfo—. Ha quedado claro que acaso sois siervos del Señor Oscuro y participasteis en la toma de Gondolin o sois simples saqueadores que como carroñeros os beneficiáis de las desgracias de los Noldor. Entregadme esas espadas y podréis marchar libres adonde os plazca —exhortó amenazando con su acero.

—¿Que os entreguemos estas armas que con gran penuria obtuvimos? —rió Harir con ironía—. ¡Estáis loco! Allí perdimos a nuestro compañero, que montaba el tercer caballo que aquí veis sin jinete, y nos enfrentamos a peligros mayores que muchos otros, no nos vamos a amedrentar por un elfo solitario de una estirpe decadente.

Aquello bastó para desatar la ira en el Noldo, que espoleó a su caballo embistiendo a Harir. No obstante, antes de que el choque de espadas se produjese, Elvest, raudo, desnudó su espada y la interpuso entre el elfo y su compañero. Si no hubiera sido por esta intervención, Harir estaría a los pies de su caballo muerto o herido de muerte.

Otra hoja de acero se hubiera roto ante aquel tajo, pero no una forjada en Gondolin. A duras penas Elvest pudo desviar la arremetida del Noldo, pues era alto y de fuertes brazos, lo suficiente como para que Harir pudiera reaccionar y hundir su espada en el vientre de su contrincante. La espada se había abierto paso a través de la cota de malla como si se tratase de un cochinillo de pocos días.

El elfo abrió los ojos sorprendido y, cuando Harir retiró su espada empapada de sangre élfica, cayó herido por su propia soberbia y su cólera.

Harir desmontó de su caballo y Elvest le preguntó demasiado tarde:

—¿Qué pretendes?!

—¡Rematarle! —exclamó Harir mientras le clavaba la espada esta vez en el pecho—. ¿Llevará algo de valor?

—¡Harir, déjalo! Nos marchamos ahora mismo de este lugar. Acabamos de asesinar a un Noldo y son fieros en la venganza y de gran memoria para ella. ¿Adónde iremos ahora tras este crimen?

—Era él o yo, y nadie nos ha visto —respondió Harir.

—Eso no lo sabemos. Los elfos ven mucho más lejos que nosotros —objetó Elмест mirando alrededor—. Y si es cierto que nadie nos ha visto, será mejor que no tomes ninguna de las pertenencias que este elfo llevaba consigo, no fuera que nos cruzásemos con otros en el camino.

Harir observó al elfo reflexionando en lo que acababa de decirle Elмест y, tras patear una piedra frustrado, cabalgó de nuevo sin tocar al elfo.

Dos días después, tras seguir el curso del río Ascar y cruzar los altos pasos de las Ered Luin por donde transcurría la carretera de los enanos, llegaban a las puertas de Belegost sin haber sufrido ningún contratiempo más. Sin embargo, no consiguieron aquello que querían. Los enanos desconfiaron de ellos y no quisieron saber nada de espadas élficas, a pesar de reconocer su buena factura. Demasiado reciente era la matanza de sus vecinos, los enanos de Nogrod, por parte de los elfos de Ossiriand y las disputas de estos con los elfos de Doriath por el Nauglamír. No deseaban verse involucrados en nada que aparentase que habían ayudado a los de Nogrod en sus contiendas con los elfos, y poseer espadas élficas podía evidenciarlo. Lo único que obtuvieron de Belegost fueron algunas provisiones y las palabras de un enano que les expuso que tal vez en Kazarad-dûm encontrarían mejor suerte para vender aquellas espadas Noldor.

—Es un largo viaje por tierras que no conocemos el que hay de aquí hasta Hadrond, o como le llaman los enanos: Kazarad-dûm —dijo Elмест mirando hacia el este cuando se alejaron de las puertas de Belegost—. Pero puede ser que, después de todo, no sea una mala idea cruzar las Ered Luin como le dijimos al Noldo que eran nuestras intenciones. Con estas espadas encima siempre temeremos cruzarnos con los elfos si permanecemos en Beleriand; además, si los Noldor descubren nuestro delito, seremos perseguidos y son escasas las tierras que no están en posesión de Morgoth y por donde no haya elfos.

Harir no discutió lo que apuntó Elмест si eso significaba sacar provecho de las piezas obtenidas en Gondolin. Había observado como los enanos de Nogrod habían abierto los ojos con admiración al ver las dos espadas y la daga, pese a que habían

rehusado negociar por ellas, y era consciente de que su valor era mayor de lo que podía haber especulado en un principio al encontrarlas.

Descendieron de las Montañas Azules por su vertiente este, bajando a Eriador, una enorme superficie de bosques donde una ardilla, en aquella edad, podía recorrer toda la extensión entre la cordillera de las Ered Luin y la de las Montañas Nubladas sin pisar el suelo.

Tras vadear un río, el Lune, que en aquella época no moría en el golfo del mismo apelativo, sino que corría hacia el sur junto a las Montañas Azules para unirse muchas millas más abajo al Baranduin, conocido más tarde como el Brandivino, y formar un río caudaloso y ancho de la envergadura del Sirion o del Gelion, se adentraron en la espesura.

Los dos hombres avanzaban siempre hacia el este, aprovechando las escasas horas de sol. El invierno había llegado al arribar a Belegost, y los días ahora eran cortos y las noches largas, y el frío cada vez más intenso.

La fragosidad del bosque era tal que en ciertos momentos parecía que era de noche y no de día. Aquel hecho no les permitía calentarse con los rayos de sol y esto, sumado a la frustración que les había ocasionado no haber podido vender las armas en Belegost como planeaban, al largo viaje que les quedaba por delante y a que caminaban apeados de sus caballos, provocó que a Harir se le agriara el carácter, incluso creía sentirse vigilado. En cambio, a Elmest todo aquello no parecía afectarle y se sentía más optimista al haber abandonado las tierras de Beleriand.

—Cuando llegemos a las montañas, lo verás diferente. Todavía estás perturbado por haber matado al Noldo. Si hubiera algún enemigo al acecho ya nos habría atacado —dijo Elmest, después de una de las quejas de su compañero.

—Te equivocas. No me afecta haber matado a aquel elfo —replicó Harir molesto—. ¡Es este maldito bosque! Te digo que algo o alguien nos vigila, además ¿no escuchas esos sonidos? No son normales.

—Yo solo escucho las hojas y el crujir de la madera movidas por el viento. Ruidos que existen en todos los bosques —contestó Elmest deteniéndose un momento como si escuchase, para contentar a Harir con aquel gesto.

—Aquí son más fuertes de lo habitual —objetó Harir.

—Porque hay muchos más árboles. —Elmest enarcó las cejas y abrió los brazos como si quisiera abrazar con ellos el bosque al completo.

Harir no quiso seguir discutiendo y se calló torciendo el gesto, escrutando las sombras a su alrededor.

Al quinto día de haber entrado en el bosque y tras atravesar unas colinas suaves, se toparon con un obstáculo que parecía insalvable: un río ancho y de aguas marrones. Aquel río era el Baranduin.

—Vayamos río arriba —sugirió Elvest—. Normalmente hacia su nacimiento los ríos disminuyen.

Ellos no lo sabían, pero más al sur había un vado por donde hubieran podido atravesarlo sin problemas; sin embargo, al tomar la dirección contraria, se encontraron con otro río, afluente del primero que les bloqueaba el paso. Ahora no podían seguir ni hacia el este ni hacia el norte.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Harir.

—Lo único que se me ocurre es construir una balsa —contestó mirando hacia las copas de los árboles—. Madera no nos falta.

Con la ayuda de un hacha de leñador que llevaban en un caballo y de las cuerdas tardaron dos días en hacer una tosca embarcación que soportase el peso de las monturas y de ellos. También se provieron de dos largas pértigas con un par de ramas de dos grandes árboles.

El mismo día que terminaron la balsa, cuando el día apuntaba a su fin, los sonidos del bosque se incrementaron, hasta el punto de que a Elvest también le parecieron más exagerados de lo habitual.

—¿Habremos molestado al bosque cortando sus árboles? —preguntó Harir.

—No digas sandeces, los bosques no se molestan —respondió Elvest, pero no estaba ya del todo tranquilo y decidieron cruzar en aquel mismo instante el Baranduin, a pesar de la mortecina luz. También montaron guardia aquella noche tras desanudar las cuerdas de la balsa para recuperarlas, precaución que no tomaban desde que atravesaron las Ered Luin.

Durante su turno, Elvest creyó haberse dormido y soñar con un hombre bajo con botas amarillas y un sombrero emplumado que cantaba una jovial canción. Y con aquel canto dulce y sencillo el bosque parecía calmarse y los ruidos apagarse.

Dos noches más tuvo aquel sueño Elvest y finalmente decidió comentarlo con su compañero.

—Yo también he tenido la misma visión —dijo Harir—. No sé si es alguna hechicería de este lugar, pero, sea como sea, me tranquiliza. Los ruidos del bosque no están tan cargados de rencor y desagrado desde entonces.

El sueño los acompañó hasta llegar a las estribaciones de unas colinas que pasaron por su cara sur. Tropezaron con un nuevo río, el Mitheithel, tras tres días más de marcha, también profundo y caudaloso.

—¿Cómo cruzaremos esta vez el río? —preguntó Harir—. No me atrevo a volver a talar árboles.

—O seguimos su curso, hasta no sabemos dónde, o construimos otra balsa. No tenemos más opción —razonó Elмест—. Tampoco me hace ninguna gracia perder el tiempo cortando árboles, pero si algún espíritu del bosque se importunó por haberlo hecho anteriormente, otro nos ha protegido. Y más allá de ruidos molestos no nos ha sucedido nada.

—Te tenía por el precavido de nuestra pequeña camarilla —dijo Harir intentando sonreír.

—Nunca he intentado ser precavido, creo que me definiría mejor *sensato* —repuso Elмест—. Creo que le temes demasiado a los bosques y tienes miedos que se sustentan en la ignorancia. Te sucedió lo mismo antes de dirigirnos hacia Doriath.

Harir asintió encogiéndose de hombros. A pesar de que Elмест no le transmitía la misma seguridad con la que había hablado antes de encaminarse hacia Doriath, aceptó las palabras de su compañero, más por necesidad que por compartirlas. Así que se pusieron manos a la obra y abatieron una veintena de árboles, cuyos troncos limpiaron y desmocharon para luego unirlos con las cuerdas y montar otra balsa.

Con los primeros golpes de hacha, el bosque pareció estremecerse y las voces de las hojas y el crujir de los troncos subieron de tono como no lo habían hecho hasta entonces. Fue la segunda vez que Elмест no pudo ignorar aquellos sonidos aumentados, pero animó a Harir a que continuasen con su tarea, esta vez dándose más prisa que la anterior. Tardaron solo un día en fabricar la embarcación, aunque no pusieron tanto esmero como la otra vez y era más pequeña. Cuando la hubieron terminado era noche cerrada, pero no demoraron en meterse en el río. Tenían la sensación de que el bosque a sus espaldas se agitaba con virulencia.

No supieron bien qué sucedió, pero cuando estaban embarcando los dos primeros caballos, el tercero, atado a una rama baja de un sauce, se encabritó, dejó escapar un relincho y se liberó de la rama para huir al galope bosque adentro.

—Yo no voy a ir a buscarlo —dijo Harir categóricamente.

—Ya iré yo. —Elмест hizo ademán de bajar de la balsa, pero Harir le detuvo.

—Mira como se remueven los árboles, como chasquean sus troncos... No nos separemos. —Los ojos de Harir parecían salirse de las órbitas mientras vigilaba la frondosidad de la espesura—. No necesitamos tres caballos y disponemos de suficientes provisiones para continuar.

Elмест accedió sin poner ninguna objeción. Aunque le hubiera gustado demostrarle de alguna forma a Harir que no debía temer nada del bosque, más allá de

animales u otras criaturas con las que se pudieran encontrar, no le agradaba la idea de volver a buscar al caballo entre todos aquellos graves sonidos amenazantes.

Cruzaron el Mitheithel a oscuras y los primeros copos de nieve del invierno cayeron justo al llegar a la otra orilla.

—Solo nos faltaba esto —rezongó Harir recogiendo un copo en su mano—. No podemos pasar la noche a la intemperie.

Guiaron a los caballos por una pendiente hacia una colina entre chasquidos, crujidos y susurros que provenían del otro lado del río y que, de alguna forma, parecían hallar respuesta en aquella otra ribera.

—Con esta oscuridad es difícil caminar. Encendamos una antorcha —dijo Elmest.

Cuando prendieron la tea, los murmullos del bosque se silenciaron por un breve instante para, acto seguido, acrecentarse. Era como si el bosque discutiese consigo mismo.

Siguieron avanzando, observando los contornos inquietantes de las ramas de los árboles de alrededor que les señalaban y apuntaban. Los robles y sauces que allí habitaban eran de formas teratológicas, pues manifestaban ciertas similitudes con seres animales; aunque Elmest no sabía si era fruto de la imaginación y del delirio del momento que modificaban las titilantes sombras que proyectaba la luz de la antorcha. No estaba seguro si aquella visión era real o se producía desde que entraron en la floresta, nada más atravesar el río Lune. Pudiera ser que los árboles de aquella región ya tuvieran aquella apariencia, pero hasta aquel instante no los había examinado con detenimiento.

Colina arriba dieron con una caverna.

—Nos servirá de refugio hasta que pare de nevar —dijo Elmest.

La cueva era alta y amplia. Se acomodaron en ella con los dos caballos para que les dieran calor. Harir temblaba y Elmest no sabía si era porque estaban mojados y tenían frío o por el terror que sentía por aquellos ruidos de desconocida procedencia.

—Debemos encontrarnos a más de cien leguas de Gondolin, ¿verdad? —dijo Harir mientras comían un poco antes de dormir a la luz de la tea.

Elmest simplemente asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Pues no sé tú, pero ni disfruto ni me siento sosegado como tú dijiste que te sentirías.

Tal vez fue por los nervios acumulados, pero Elmest rio a carcajadas ante la mirada de extrañeza de Harir.

—Tiene gracia, sí —aclaró—. He de reconocer que ni los dragones me angustiaron tanto como este bosque. —«Me has contagiado tus miedos», pensó y

luego, sugirió—: Vayamos a recoger algo de leña. Un poco más de calor y de luz nos ayudará a serenar el ánimo.

Dejaron sus pertrechos en el interior de la cueva, tomando únicamente Harir el hacha y Elmest la antorcha.

Hasta salir de la caverna no lo habían percibido, pero ahora solo se escuchaba el ulular del viento, una voz ronca que se elevaba por encima de las copas de los árboles. El resto de los rumores del bosque se habían detenido completamente.

—¿Oyes? —preguntó Elmest sonriendo a su compañero—. Todos los ruidos han cesado. Todo estaba en nuestra cabeza.

—Como siempre, debes tener razón —dijo Harir, que se detuvo ante el esqueleto de un roble muerto—. No hay mejor leña que la de roble para que arda toda la noche. —Levantó el hacha para asestarle un golpe, sin embargo, este nunca se produjo. El hacha cayó al suelo. Las ramas de un gran sauce, que se encontraba a su izquierda, se habían extendido como un látigo y lo habían aprisionado, enrollándose por su cuerpo, su cuello y sus extremidades.

Harir intentó gritar, pero las palabras no le afloraban a los labios. El sauce, como si fuera una serpiente enorme, lo constreñía con fuerza y lo estaba asfixiando.

Elmest corrió en su ayuda. Empuñando la antorcha se dirigió a prender el tronco del gran sauce, pero antes de que llegase a su destino lo que creyó era un roble se interpuso en su camino.

—Asesinos de árboles, no os permitiremos profanar más nuestros dominios —habló el Ent.

Lo último que hizo Elmest antes de sucumbir por un mazazo que recibió en la cabeza y que le aplastó el cráneo fue mirar con pavor a aquel árbol parlante de poderosas ramas anudadas.

Harir no tuvo tanta suerte, pues su muerte fue algo más lenta y agonizante por ahogamiento.

Dos edades más tarde, tres trolls harían de aquella caverna su hogar y doce enanos en compañía de un hobbit y de un mago, tras matar a los trolls, entrarían en la cueva y descubrirían las espadas y la daga que allí dejaron Harir y Elmest. Las armas serían llevadas ante Elrond, hijo de Eärendil, hijo de Tuor e Idril, que leería las runas inscritas en el acero de su bisabuelo Turgon, rey de Gondolin, y de la hoja de Ecthelion de la Fuente, pronunciando las siguientes palabras:

—En esta las runas dicen Orcrist, la Hiende Tragos en la ancestral lengua de Gondolin; fue una hoja famosa. Esta fue Glamdring, la Martilla Enemigos, que una vez llevó el rey de Gondolin.

El hobbit llamaría a la daga, que utilizaría como espada corta, Dardo.